

bustos. Después cantó en alabanza de Saladino y de toda su familia, dedicándole otra cávida particular donde describió su estado, y tiene por título: *Lamento de los oprimidos y dolencias del contristado*. En seguida compadeció á los señores del palacio del califa por la pérdida de su poder, en una larga poesía sin la letra L, y entró con ellos en una conjuración que les costó la vida á todos.

En cambio Saladino protegió á los literatos y poetas que no conspiraron contra el Estado: señaló á Ibn Dehan, astrónomo, legista y poeta, una pensión mensual de treinta zequíes, é hizo erigir para él una tribuna en Damasco. Además de las efemérides astronómicas, escribió Ibn Dehan una obra sobre las divisiones de una herencia, otra sobre las singularidades de la tradición, en diez volúmenes, el libro de la polémica y muchas poesías. Saladino era sobre todo favorable á los médicos, que le determinaron á fundar el hospital que inmortalizó su memoria en el Cáiro, y de cuyos servicios necesitaba. Distinguía especialmente á Abolmomin Gillasi, sea por sus conocimientos oculistas, sea porque le cantó en muchas cávidas. Ebn Osaibidye nos ha conservado la que Gillasi dirigió á Saladino cuando los Cruzados sitiaron á Acca, titulada *Lazo de las joyas*. Dejó diez divanes, cada uno de los cuales lleva un título particular, y escribió además en prosa *El encomiástico* y el *Jardín de los monumentos y de las obras gloriosas* en loor de Melik el-Nasir Salaheddin; y luego el *Amuleto de la medicina y las cualidades de los remedios compuestos*. También apreciaba mucho Saladino al médico Ibn Matran, aunque cristiano. Hijo de un metropolitano, había hecho sus estudios bajo la dirección del médico Ibn el-Telmissa, esto es, hijo del intérprete, hombre bien educado, de buena conversación y amigo de vestir con elegancia. Por su crédito con Saladino reunió grandes riquezas, y le gustaba ostentar en toda régia magnificencia. Saladino, cuya tienda se diferenciaba de las demás del ejército por ser roja, vió una vez al rey recorrer á caballo el campamento, otra tienda roja, y oyendo decir que era de Ibn Matran, mandó derribarla. Matran, irritado, no se presentó en dos días ante el

sultán, que luego le dió en cambio una gran suma. Otra vez Matran se encolerizó en presencia de Saladino por envidia ó por celos, pues este había regalado al médico Ebulferex, también cristiano, telas y muebles que valían treinta mil dirhem para el ajuar de su hija, y Saladino, notándolo, mandó apreciar el ajuar, y entregar la correspondiente suma á Matran. Este empleaba sus riquezas principalmente en libros, y á su muerte se le hallaron diez mil volúmenes, además de los que hizo copiar por sí. Escribió gran número de disertaciones médicas en folletos, y llevaba siempre un par de ellos en la manga, aun cuando iba á la corte, probablemente para no perder el tiempo en la antecámara. La venta de sus libros importó tres mil dirhem, y compró la mayor parte el jeque Ben Amar, que después los vendió en un dirhem cada uno á los apasionados. Pero el médico más ilustre de la época de Saladino era Movaffikeddin Abdollatif, conocido en Europa por sus *Memorias del Egipto*, una de sus cien obras, cuyos títulos citó Ebn Osaibidye en la *Biografía de los médicos*.

Concluirémos con una observación sobre la predilección de Saladino por el viernes, día en que obtuvo sus mayores triunfos militares. Cuando recibió en un viernes la noticia de la victoria alcanzada en la fuente de Goliat, llamada Tubania por los Cruzados, la consideró pronóstico feliz de otra mayor. En viernes ganó la batalla de Huttin; en viernes (la noche en que los musulmanes celebran la ascensión de Mahoma) recibió las llaves de Jerusalén; en viernes obtuvo con obstinado combate la victoria en el bosque de Arsuf, y en viernes alcanzó sus más notables triunfos. Este día, pues, le pareció más propicio que ninguno para las empresas del islam, como declarado festivo por el Profeta para la reunión de los fieles; al revés de los Cristianos, que miran el viernes como día infausto, porque en él murió el Salvador. Y si Rodolfo de Habsburgo prefería los viernes para dar sus batallas, no es inverosímil que la heroica gloria y el ejemplo del más insigne soberano del siglo precedente fueran las causas que le indujeran á separarse de la preocupación cristiana.

NUM. XVIII

SAN LUIS DE FRANCIA.

(1215-1270).

Los Bárbaros, viniendo del Norte, se establecieron en el antiguo imperio romano, divididos en bandas, cada una de las cuales obedecía al jefe que la había guiado en la empresa. Para que el éxito de esta fuese más seguro, eligieron un general, un *konig*, que los vencidos tradujeron á su lengua *rex*; pero, aunque le obedecían durante la expedición, no se creían dichos jefes obligados á lo mismo después de ajustada la paz. Así sus esfuerzos se encaminaron continuamente á fraccionar el territorio conquistado, y á permanecer cada uno con autoridad absoluta en esas porciones, confundiendo el poder político con la propiedad territorial, de modo que las extremidades prevalecieron sobre el centro, y el dominio de los Bárbaros á la unidad suprema.

El ejemplo de la centralización romana retardó este fraccionamiento de la autoridad real, y Carlo Magno, con fuerte espada y altas miras, atrajo por algún tiempo á sus manos la unidad y trató de reconquistarla sobre respetables bases. Episodio insigne y que, semejante al reinado de Napoleón, detuvo algo el curso de las cosas, pero no impidió que volviese á seguir su antigua marcha en cuanto él faltó. Bajo el mando de los Carlovingios, débiles aun más en fuerza de los accidentes que por carácter, trataron aquellas generaciones vigorosas de convertir en hereditaria la propiedad territorial y con ella la autoridad soberana, importándoles poco la grandeza de una patria que no era la suya. Ni la adhesión militar al rey elevado sobre el escudo, ni la pompa imperial resucitada, resistieron á los jefes territoriales y militares, y á medida que se borraban los recuerdos de las selvas germánicas y de la magnificencia de Carlo Magno, la aristocracia territorial prevalecía. Y como toda idea nueva quiere un hombre nuevo, la estirpe de Carlo Magno no tardó en ser reemplazada en Francia por otra, cuya exaltación al trono fué resultado y garantía del triunfo de los feudatarios.

Los primeros sucesores del duque de Francia, á quien sus pares ciñeron la corona, dejaron sin oposición fraccionarse la monarquía, tanto que la ruina de esta parecía consumada, y sin embargo, de en medio de aquella confusión surgió una unidad más poderosa y mejor organizada que la de Carlo Magno.

En Inglaterra, donde la monarquía se había establecido desde la conquista, manteniéndose por la necesidad de una continua defensa, todas las tentativas de las facciones y los cálculos de la ambición de los príncipes se dirigían á formar la constitución política y garantizarla. En Francia, por el contrario, la monarquía asociada con los obispos y con las clases emancipadas, procuraba constituir la unidad territorial y monárquica, con detrimento del poder de los barones; esfuerzo que fué después el símbolo de todas las revoluciones, sacrificándose siempre las cuestiones orgánicas á cuestiones nacionales.

El reinado de Luis IX es el punto en que se encuentran la monarquía moderna naciente y el declinante feudalismo, equilibrándose por un momento las dos opuestas fuerzas, cuya ondulación constituye la historia de tanta parte de Europa. El resultado de la lucha, entonces más que nunca agitada, era dudosísimo; pero nadie hubiera creído que venciese el elemento monárquico, y mucho menos en Francia, dividida en tantas soberanías, diferentes en intereses dinásticos, en origen, lengua y costumbres, y separada por el Loira en dos naciones verdaderamente extrañas entre sí, y que pronto, en la guerra de los albigenses, se retaron á muerte. Las provincias meridionales y los más ricos feudos dependían de la corona de Inglaterra, con motivo de haber sido llamada á aquel trono la casa de Anjou; las leyes y tradiciones romanas continuaban en el Mediodía; en el Norte el elemento germánico y el derecho sálico; las invasiones normandas habían colocado á las puertas de la capital extranjeros emprendidos.

res: la Armórica indómita protestaba contra una soberanía nacional; el idioma variaba con la nacionalidad, y la justicia con la condición de las personas; los reyes tenían que emplear todas sus fuerzas contra pequeños señores, cuyos castillos veían desde la altura de París.

Entretanto el sistema feudal se extendía por Europa desde el Tajo á los Dardanelos, y las Cruzadas lo llevaban á Asia, pudiendo de consiguiente presumirse que esta sería la forma definitiva de la sociedad cristiana.

Si era posible esperar se levantase una barrera para contener tal torrente, sola cabía fuese obra de la autoridad moral de la Iglesia. Esta, con Urbano II, trahía arrojado toda la Europa sobre el Asia, dado á Jerusalem un rey y una legislación, doblado á impulso del anatema la frente de Enrique III, de Federico Barbaroja, de Juan sin Tierra y de Felipe Augusto. La combinación del principio federativo con la omnipotencia de los papas era la única eventualidad probable, cuando el reino de Inglaterra se había convertido en feudo directo de la Santa Sede como las coronas del Norte, y el rey de Aragón solicitaba el título de vasallo de la Iglesia y se enorgullecían los monarcas de Nápoles que se elevaban y caían con la bendición ó con el anatema de los pontífices. Sin embargo, á un hombre religioso, á un santo estaba reservado, tanto el arrancar las armas y la justicia de mano de los barones como el reducir á justos límites las pretensiones papales.

Ningun grande hombre surge de improviso, y todas las obras duraderas han sido preparadas por una larga serie de antecedentes. Los predecesores de San Luis habían allanado el camino á la concentración del poder, este favoreciendo á los Comunes, aquel protegiendo los intereses de la naciente industria, esotro aprovechándose de la debilidad causada á los vasallos por las primeras Cruzadas. Principalmente Felipe Augusto, favorecido por grandes cualidades políticas no menos que por accidentes afortunados, se aprovechó de la debilidad de los barones y de los disturbios de Inglaterra; hizo que el tribunal de los pares de Francia pronunciase la confiscación contra el rey Juan sin Tierra, apoderándose así de la Normandía, del Anjou, del Maine, de la Turena, del Poitou; opuso á la formidable casa inglesa una monarquía de reciente formación; reunió á la corona feudos importantes, y preparó el predominio de la estirpe sálica sobre la galo-romana. De este modo puede decirse que fundaba la Francia; fundaba á París colocando allí la catedral, la universidad, mercados, hospitales; levantando murallas; fundaba la jurisdicción real inaugurando la asamblea de los pares; se creaba un gran partido en la nobleza sustrayendo á los demás hijos de la dependencia de los primogénitos. Cuando luego en Bovines derrotó á sus grandes vasallos, confederados con el jefe del imperio germánico, la espada que manejaba

excedió en robustez á las de todos los reyes de su raza.

Sin embargo, nada podía considerarse aun seguro; todavía no se habían deslindado las autoridades feudal, real, comunal y eclesiástica. Esta obra estaba reservada á un hombre que se granjease la veneración de los pueblos hasta el punto de persuadirlos que lo él quería era la justicia; un hombre cuya santidad hiciese parecer sacrilegio toda oposición, al paso que destruyese toda idea de impiedad en su lucha con la corte romana. Tal fué Luis IX.

Nació un año después que su abuelo Felipe Augusto dispersó en Bovines á un emperador, dos reyes y los grandes vasallos (25 de abril de 1215), y contando apenas diez años perdió á su padre Luis VIII. Según la voluntad de este, los obispos del reino y los altos barones proclamaron tutora y regente á Blanca, hija de Alfonso IX de Castilla. Parecía extraño que una mujer mandase á tantos hombres; los señores, comprimidos por los reyes precedentes, esperaron recobrar, arrebatándolos á una mujer y á un niño, los trozos de autoridad con que aquellos habían venido reconstruyendo el trono; tanto mas cuanto que Blanca era una especie de Santa que quería hacer un santo de su hijo. Le amó con predilección desde la cuna, y mandó grabar un sello donde, en campo azul sembrado de lises de oro, surgía un lirio natural, con la divisa *Lilium inter lilia*. Cuidaba de inspirarle el temor de Dios, repitiéndole: «Hijo mio, amad á vuestra madre y á vuestro pueblo; pero amad mas á vuestro Dios. En cuanto á mí, preferiría veros muerto ántes que manchado con un pecado mortal.» Apenas llegó á la pubertad, le casó con Margarita de Provenza, que tomó por divisa: *Reina de la tierra y sierva del Cielo*, y Luis le regaló una sortija de oro, esmaltada de lises y de margaritas, que separaba un zafiro con una cruz encima, al rededor de la cual se leía: *¿Dónde podremos hallar amor fuera de aquí?* Ni con las bodas se disminuyó la custodia materna, y hasta los castos gozos del matrimonio estuvieron bajo la vigilancia de Blanca.

Declarase, pues, á Blanca guerra universal: Felipe, conde de Boulogne, tío del rey, pretende la regencia, y se liga con los barones descontentos, esparciendo calumnias contra la tutora, y tratando de quitar la corona al niño. La intrépida madre sigue constante en sus proyectos, se aprovecha de la felonía para engrandecer los dominios reales, vence las resistencias, abandona el sistema militar y germánico para entrar en la senda del espíritu moderno, y entrega consolidado á su hijo aquel cetro que parecía próximo á harse pedazos.

La idea del deber era predominante en Luis IX; y este se le apareció primero bajo la forma del mandato materno, y después bajo la de las órdenes de la Iglesia. Niño, en medio de las asechanzas de los vecinos, reposa en el corazón de su madre, y no quiere abusar de la for-

tuna; cree en la utilidad práctica de la justicia. Lánzase en la batalla con el hacha en la mano allí donde mas reñido es el combate; pero le guía mas la idea del deber que esos ímpetus de gloria que admira el mundo. Subordina la fuerza á la justicia, el interés político al estricto derecho; restituye por escrúpulo de conciencia provincias ganadas con tanto sudor por sus padres, como complemento indispensable del reino. En la paz se dedica á los estudios y á los ejercicios piadosos; busca los libros y las bellas artes, siendo admirado de los estadistas por sus aspiraciones reformadoras, y de los austeros por sus ejemplos de humildad y mortificación apenas creíbles. Desperdicia el oro y la sangre de la Francia en expediciones, de que solo reporta cadenas; y en la historia patria deja los nombres de Mansura y de Cartago funestos como los de Greyc y Waterloo.

¿Quién, pues, ménos á propósito que él para dominar un siglo en que cada hombre iba armado, y medía el derecho por la longitud de su espada; en que infinitos reyezuelos abusaban descaradamente de un vulgo sin nombre; en que las batallas diarias daban el sentimiento de la fuerza y la manía de usar de ella?

En efecto, así acostumbran pintar la edad média los que no la contemplan mas que por un lado; la fuerza brutal de los señores, no el sentimiento de las multitudes, no esa inmensa necesidad de creer, esa exuberancia de virtudes sobrenaturales que había infundido en ella el Cristianismo, y que mas ó ménos embarazadas por desgraciados sucesos se manifestaron mas que nunca en el siglo de San Francisco y de Santo Domingo.

La gente, sometida á gravísimos padecimientos por obra de los poderosos, levantaba los ojos al Cielo para buscar allí quien la consolase, y se creía continuamente confortada por milagros, por visiones, por la plenitud del sentimiento religioso. Esto explica el efecto de la voz de Pedro de Amiens y del concilio de Clermont. Librarse de los padecimientos inefables de aquel siglo y satisfacer al mismo tiempo la irresistible necesidad de emoción y de sacrificio, fueron los dos motores de las Cruzadas; y á ellos cedieron los mismos papas, focos entonces de todos los rayos de la vida popular, sin comprender bastante aquella santa locura de la Cruz, y la vaga esperanza de cambiar una condición insoportable.

Lo que puede la extremada exaltación para triunfar de la extremada miseria, aparece de aquellos combates gigantescos, de aquellas largas peregrinaciones al través de países desconocidos, en medio de hambres que destruián ejércitos enteros. Una fuerza desconocida no cesaba de impulsar nuevos pueblos de Occidente á Oriente, como, algunos siglos ántes, del Norte al Mediodía; mujeres, ancianos, monjas, niños se lanzaban con ardor, sin proveerse de pan, sino de fe, confiando mas en los milagros que en las armas. Dios lo quiere, y Dios manifiesta

su voluntad con signos visibles; los millares de peregrinos ven ángeles caminar á su cabeza; un ganso, una cabra les muestra el sendero, y aunque miren ante sí precipicios no pierden la fe. Por el contrario, si álguien duda de la intervención milagrosa, no vacilan en atestiguarla con su vida; y Pedro Bartolomé entra en una hoguera con la santa lanza.

En aquella continua intervención de la Divinidad, las reliquias eran el medio mas habitual de comunicar con el mundo superior; por lo tanto su precio era inestimable, las ciudades se las disputaban con la guerra y con la astucia, se escondían hábilmente, se imponía su entrega en los tratados de paz, como Napoleon hacía con las obras maestras del arte. Habiendo perdido el tesoro de San Dionisio uno de los clavos de la pasión, el reino se conmovió todo, y la paz pública estuvo á punto de ser comprometida: una embriaguez de alegría cundió por todo el reino, cuando la corona de espinas vino de Constantinopla á París, conseguida por el santo rey que nos ocupa.

Graves, horribles (dice Carné) fueron los padecimientos de Europa en dos siglos consecutivos de Cruzadas; pero ¡qué plenitud de vida en todo el cuerpo de la Cristiandad, hasta en sus últimos miembros! ¡qué armonía en las creencias! ¡qué afán de sacrificarse por ellas! ¿Hase visto jamás una reconstrucción verificada con tanto concierto como á principios del siglo XIII, y el pensamiento dominante de una época apoderarse de un modo mas absoluto de las instituciones y de las artes, de las costumbres y de las leyes, de la vida pública y de la privada?

Europa rechaza á los mahometanos á Asia; Francia sofoca en los albigenses una de las herejías que mas amenazaban la unidad católica; la lucha del báculo con la espada ensangrienta á Italia y crea su grandeza; España ensancha mas cada año los campos que recobra de la média luna para la Cruz, y entretanto nuevas órdenes, hijas de una inspiración pacífica y popular, sustituyen á las compañías de órdenes armadas que velan en el Santo Sepulcro ó conquistan el Norte á la civilización cristiana. Un mismo pensamiento, un mismo fin crea los Dominicos y los Franciscanos, que abrazan alegres la mas desnuda pobreza, y descalzos y con cilicio recorren la Europa feudal predicando la humillación de los perversos, la exaltación de los humildes, la igualdad de los hombres redimidos por igual precio, la vanidad de las cosas humanas, el peligro de las riquezas, y abrazan el universo en su incommensurable caridad. Las órdenes militares llegan á ser como potencias que dan envidia á los reyes; las órdenes monásticas consuelan con la esperanza á los pueblos; pronto en las selvas húngaras y bajo las tiendas de Gengis Kan se encuentran Dominicos y predicadores; abren hospitales y lazaretos junto á las catedrales magníficas, é innumerables asilos de

vírgenes consagradas á Dios. Desde entónces los muchos establecimientos de pública utilidad popular y práctica fueron inspirados solo por la idea de aliviar á la humanidad doliente; las mujeres ennoblecidas por el culto cada vez mas espléndido tributado á María entraron á multitudes en las nuevas religiones, y la santa palabra, predicada por legiones de vírgenes, meditada en la soledad del claústro, penetraba mas blandamente en el corazón del hombre. El pensamiento comun infundia á las artes una fecunda originalidad; y operarios desconocidos, cuyo genio robustecía mas bien la fe que la ciencia, no apelaban á invocar los procedimientos de habilidad técnica y de estéril imitación, único asilo de una civilización ahogada en la duda. Todo era obra de unánimes esfuerzos, y la armonía de los sentimientos preparaba la igualdad social. El municipio emancipado anunciaba los gozes de la reciente libertad erigiendo en el centro de la ciudad una catedral al patrono, ó una capilla á la patrona de todos; en los bosques, reservados poco antes á las cacerías de los barones, se construían lazaretos para los leprosos, y los reyes servían allí á los pobres, y con sus manos tocaban y lavaban llagas, que no eran nauseabundas desde el momento en que aquellos miembros se consideraban como de Jesucristo.

De la uniformidad de creencias nació la uniformidad de costumbres; á pesar de la insuperable distancia entre las varias clases de la sociedad, estaban mas en comunión que hoy: el monje y el señor llevaban piedras para edificar la catedral ó el monasterio, y San Luis mismo, despues de cantar por la mañana con los monjes, se mezclaba entre los operarios que construían la abadía de Rayaumont, empleaba el martillo y la llana, é impelia la grua que debía elevar las agujas hasta las nubes (1).

El Cristianismo, aplicado á la práctica de la vida, habia llevado hasta el fondo del corazón el sentimiento de la fraternidad religiosa, y los reyes, humillados en la contemplación de la nada de las cosas humanas, abatían su corona de oro ante el Dios coronado de espinas. Santos de todas las categorías, confundidos en la tierra como en la gloria celeste, subían en gran número á los altares para dividir entre sí el amor y la veneración de los pueblos. Las repúblicas italianas, edificadas por la virtud de Santa Zita, erigían magníficas capillas á esta pobre criada de Monte Sagrato; una meretriz convertida venía á ser la protectora de Cortona, y de Viterbo una muchacha del vulgo, que se atrevió á intimar al emperador el respeto hácia el Papa, Santa Isabel de Hungría llenaba el mundo con la fama de sus dulces virtudes; Ines de Bohemia é Isabel de Francia prefirieron al tálamo imperial el claústro, y llevaban ceñido el cor-

don de San Francisco una reina de Portugal, una de Galicia y otra de Polonia.

En un siglo en que eran habituales tales espectáculos, ¿no es natural que un príncipe haya adquirido mas poder y popularidad con sus virtudes que con las victorias, y que la reputación de santo le haya valido mas que la de hábil?

Luis IX fué grande porque fué el hombre del siglo; devoto y creyente, ansioso de fe y de caridad, heróicamente pródigo de la vida, y animado sobre todo por el sentimiento del deber. Sus abuelos habian engrandecido mucho la herencia del duque de Francia, y la última guerra contra los albigenses le aseguró los hermosos dominios del Mediodía; pero su adquisición sabía á sangre, y Luis no vacilaba en renunciarlos, si la conciencia le decía que no era justa la ocupación de su padre ni la sentencia de los pontífices. Por lo tanto interrogó á los obispos sobre la legitimidad de sus posesiones, y restituyó ó compensó; al día siguiente á la victoria, su primera idea era quitar al enemigo todo motivo legítimo de queja, y no dejar ningun germen de futuras disidencias; habiendo caído prisionero en la batalla de Saintes (1242) Enrique III de Inglaterra, le dejó huir previendo que semejante humillación de la majestad real sería *grand subject d'ire et de mal talent*, y porque *le droit de despartir est gráce qu'il ne refusera oncques á ses ennemis*.

En medio de sus primeras y afortunadas empresas contra sus vasallos y los Ingleses, oye decir que amenazan á Europa nuevos Bárbaros. Los Tártaros Mogoles, lanzándose del corazón del Asia al Occidente y al Mediodía, lentos é irresistibles como la venganza de Dios, esparciendo por todas partes el terror y la muerte, parecían haber jurado la destrucción de todo vestigio de cultura y reducir el mundo á un vasto páramo donde pastasen sus ganados. Como á estos en otro tiempo, así ahora se echaban por delante las poblaciones, y si querían dejar en el desierto un monumento que recordase su tránsito, erigían pirámides de cráneos. Despues de devastar la Persia, este turbion cayó sobre Europa. Una de sus alas entraba ya en Rusia, en Polonia, en Hungría; los Carismos, empujados por otra, invaden la Tierra Santa, matan en Gaza á Cristianos y Selyúcidas, entre los primeros quinientos Templarios, es decir, todos, y llegando luego los Mogoles, toman Jerusalem, degüellan á los habitantes, esparcen al viento las cenizas de los reyes, exponen á indecibles profanaciones las reliquias y los Santos Lugares. Inocencio IV levantaba la única voz oída en la Cristianidad para excitar á los pueblos y los príncipes á una nueva expedición que detuviese aquel torrente *tártaro*, y Blanca aterrada hablaba de ello al rey, á su hijo, que, como siempre, confiaba en el Señor.

Por aquel tiempo (1244) cayó gravemente enfermo, de modo que todo el reino temía y rogaba por él; y Luis, en la agonía, estaba de-

solado con la imagen de los padecimientos de Tierra Santa, y el dolor de no poder remediarlos. Cae al fin en un letargo que se cree la muerte; pero, en medio del llanto, se levanta del paño mortuorio, y exclama: « La luz del Oriente se difunde por mí desde lo alto de los cielos. La gracia del Señor me vuelve á la vida. ¡Señor, Dios mio, bendito seas! » *¡Recibe el juramento que hago de cruzarme!* » Y pidiendo una cinta roja, forma una cruz, la besa y hace que se la pongan en el hombro; en seguida se alegra, considerándose curado. No tiene entónces mas que un pensamiento, cumplir el voto; y en cuanto consigue pacificar su reino y la Europa, parte.

Creíase, y no sin fundamento, que no podría conservar la Siria quien no poseyese el Egipto. Luis se dirige, pues, á este último país, y no queriendo solo conquistarlo, sino convertirlo en una colonia, lleva azadas, arados, semillas. Desembarcando en Damietta (1249), clava su lanza en el suelo egipcio y penetra en el valle del Nilo hasta Masurah; pero aquí el desorden causa la derrota; el conde d'Artois, su hermano, es muerto; los mamelucos no cesan de perseguir á los Cristianos; falta la comida y se declara el escorbuto en el campamento frances (1250). Luis compartía los padecimientos de los suyos, y como le exhortáran á embarcarse para volver á Damietta, contestó: « No se dirá nunca que abandoné á mi pueblo; él y yo morirémos de la misma muerte. » Y en medio de los moribundos, les prodigaba aquellos consuelos que solo la caridad conoce.

Al fin cae prisionero; el héroe, el santo tiene que arrastrar cadenas; los caballeros que han quedado vivos lloran de dolor á su vista, pero él está tranquilo y resignado. ¿Eran comparables tales padecimientos con los de su Cristo? ¿No tenia culpas que expiar? ¿Culpas que quizá habian causado las desgracias de su pueblo? Al oír que le piden cuatrocientos mil besantes de oro por su rescate, exclama: « Pagaré esa suma de buena gana por mi gente; pero el rey de Francia no se rescata por dinero. Por mí daré á Damietta. »

Miéntas se estaba en estas negociaciones, los mamelucos se sublevaron y mataron á su emir. El jefe de los rebeldes, aun chorreando sangre, penetra hasta Luis y exige le recompense por haberle librado de su enemigo; pero Luis aparta los ojos, y pretendiendo le nombre caballero, no contesta mas que las siguientes palabras: *Hazte primero cristiano*. ¡El asesino vencedor necesitaba el perdón y el aprecio de Luis prisionero! La magnanimidad de este, su dignidad en la desgracia, su humano comportamiento con los prisioneros sarracenos y su respeto á las mujeres y á los niños, habian conmovido á los infieles que confesaban no haber visto nunca un cristiano mas altivo. Llegaron hasta ofrecerle el mando de sus bandadas; pero una nueva revolución derribó á los vencedores del día ántes.

T. X.

Al fin se rompen las cadenas de Luis; pero permanece cuatro años en Palestina consolidando la obra de los primeros Cruzados, reparando las murallas de las ciudades y concluyendo de rescatar á los prisioneros y de curar á los enfermos. Á su vuelta, el buque en que iba choca contra un escollo, y en medio de tan grave peligro exhortan todos al rey á bajar al bote y salvarse; pero él exclama: « No; si yo huyese, quedarían cuatrocientas personas en peligro y sumidas en la desolación. No me moveré, y los cuidados que se redoblen para salvarme, aprovecharán á todos. »

En seis años de ausencia, habiendo perdido la escuadra, el ejército, sumas inmensas y hasta la libertad; no obstante la muerte de su madre (1252), no obstante la interrupción de las comunicaciones con su país, su autoridad permaneció incontestable, y la única insurrección seria fué la de los Pastorelli, que pretendían libertarle y socorrerle, mirándole como el único señor capaz de sentir los padecimientos del pueblo y de aliviarlos. Al volver solo y vencido de una expedición á que habia marchado con sesenta mil hombres, obra como no se habia atrevido á hacerlo ningun conquistador victorioso; se rodea de hombres nuevos, organiza el reino sobre nuevas bases, y con disposiciones legislativas bien combinadas completa la ruina de los barones, que empezó en las arenas de Egipto. ¿Y cómo? La decadencia de las dinastías feudales y las ventajas obtenidas en las provincias del Languedoc por Felipe Augusto y Luis VIII aumentaron, es cierto, la autoridad real bajo la regencia de la reina Blanca; pero no hubieran bastado sin el prestigio de la santidad. La autoridad moral adquirida por San Luis con solo su carácter disiente hasta tal punto de las costumbres modernas que los grandes maestros se esfuerzan en explicarla con ingeniosas combinaciones. Pero ¿qué han de valer ante un rey que seriamente pensó en deponer la corona para vestir los hábitos de dominico; que pasaba la mitad de su vida en prácticas de una devoción claustral, en verter piadosas lágrimas, en entregarse á místicos éxtasis, y que en cumplimiento de un voto se cruzó dos veces? ¿Qué se conseguiría hoy con esto? ¿Cómo pueden explicar los grandes resultados que alcanzó aquellos que consideran arte supremo la política?

Basta abrir los escritores contemporáneos y los mismos Árabes, para no dudar del prestigio que conservó siempre en torno de sí el piadoso monarca. En Palestina se presentaron en el campamento muchos Armenios con la pretensión de ver al santo rey. « Entré en la tienda del rey (dice Joinville) y estaba sentado sobre la arena sin alfombra ni nada de lujo. Le dije: « Señor, están ahí muchos de la Grande Arménia que van á Jerusalem, y me suplican que les permita ver al rey santo. Pero mi deseo es que se pase aun largo tiempo ántes de besar vuestras reliquias. Y se rió con gana,

22

(1) VILLENEUVE TRANS, *Hist. de S. Louis*, t. III, c. 416.